

BOSQUES DE NIEVE Y BRUMA, BOSQUES DE VIENTO Y ORO

JOSÉ CASTILLO RODRÍGUEZ

I. PINSAPAR DE SIERRA BERMEJA:

La casta nieve cubre hasta doblar las ramas de los abetos. Es una estampa de los bosques eurosiberianos, pero es igualmente un recuerdo de los pasados climas, cuando los fríos alcanzaron latitudes inusuales y numerosas especies se refugiaron en las orillas del Mediterráneo. La habitual y abrumadora luz de estas sierras se ha tornado en esta imagen en un envoltorio que asemeja un blanco sudario, una cubierta sobre cielo y tierra como decorado de fondo para un paisaje dormido, para un territorio que rememora en este preciso momento pretéritas imágenes, insólitos seres, hielos ancestrales. Nadie en su sano juicio pudiera pensar que esta estampa se refiera a un espacio a tan sólo quince kilómetros de Alborán.

Tirita ahora este adusto mundo serrano, esta montaña *áspera y difícil* (A. Bernáldez), de rocas misteriosas que vinieron del fuego, piedras latentes, oliváceas, encarnadas, pues proceden de la sangre de la tierra, de barrancos vertiginosos, de arroyos salvajes que brincan en espumas y aguas verdiazuladas. Tirita momentáneo el abetal, abrumado por el peso del invierno, en un descanso impuesto que augura un despertar entre brumas, insectos y cálidos trinos. Tal es milagro, la sorpresa, el contraste. La violenta ruptura entre dos mundos: el que seduce fastuosas tonalidades de azules y oros, a la orilla del Estrecho, y el entumecido que nos muestra el descanso de un bosque antiguo, un sueño repentino y breve, un rito que se repite hasta que la conjura de los astros imponga de nuevo el fin de la noche invernal.

El paisaje aquí, cuando se desprende de la efímera nieve, se resuelve en una sucesión de crestas en descenso y barrancos profundos, con un colorido que ofrece duros contrastes, entre el verde intenso de los pinsapos, el más amable de los pinares, y los tonos rojizos y violáceos de la tierra, salpicada en todo lugar por los variados de los matorrales inasequibles que cubren las laderas, el alegre madroño y la severa coscoja, los finos brezales que tapizan el suelo arrebolado, las ubicuas jaras y las tenaces aulagas, desafiando las inclemencias del cielo y del fuego, matorral que en su tiempo se adorna con flores que estallan en constelaciones de pétalos, y de flores extrañas, singularísimas y delicadas que nacerán por doquier, sobre la arena herrumbrosa, sobre las grietas acuchilladas por el hielo, sobre los suelos imposibles, aquí la *Staezelina*, allí la *Arenaria*, ahora la *Silene*, la *Armeria* o la *Centaurea*, y

de pronto, el milagro de una orquídea, oculta en su recóndita belleza como una dríade. Son las mañanas, luminosas salvo si los levantes llegan con sus las nieblas y nubes de estancamiento; entonces las siluetas cónicas de los abetos se desdibujan y esfuman hacia un fondo desconocido, poco a poco, como en una gradual despedida que les hace ser aún más misteriosos, misterio que acrecienta la desconsolada imagen de algún ejemplar fenecido. Por fin, el atardecer, ya sea en el apagado invierno como en el glorioso estío, la serranía toda se envuelve en un manto oscuro que esconde los perfiles de arboledas y rocas, manto que se hace más patente en estas umbrosas laderas, donde la opacidad propia del abetal se hermana hasta fundirse con la unánime tiniebla de las noches.

Pero los abetos, firmes hasta extenuación en el milagroso nicho donde habitan, se alzan y elevan buscando el cielo cercano. Unos se presentan como criaturas mínimas e insignificantes, apenas un respunte de agujas que se aferran a un ramaje tierno y recién nacido. Otros se elevan ya con el ímpetu de su adolescencia, como queriéndose abrir paso, como intentando buscar su lugar en el cosmos. La mayoría se muestran oscuros, casi azulados, esbeltos, con brazos poderosos y pináculos que nos recuerdan los altos templos de los tiempos del hombre. Por fin, los gigantes, abiertos en poderosos ramajes que surgen del tronco común: ellos vieron pasar bajo sus copas las interminables lluvias, las gélidas nieblas, las infinitas lunas. También se ven los que han finalizado su ciclo, éstos ya con su esqueleto que nos seduce un fósil, alzando sus ramas desnudas por encima del tapiz del bosque, pretendiendo encontrar tal vez una razón que explicase su pérdida e imposible inmortalidad.



II. UN QUEJIGAL-ALCORNOCAL EN LA SAUCEDA:

Sobre las colinas areniscosas del flysh terciario se ha instalado un bosque infinito. Los alcornoques y quejigos cubren sin solución de continuidad las amplias y abiertas laderas, con sus troncos ahítos de musgo en los nortes, y en las copas e los últimos no son infrecuentes las exóticas davalias y los polipodios. Los helechos colonizan los suelos sombríos bajo los rodales, y el rusco y el brezal se adueñan del monte allí donde los árboles dejan un mínimo espacio.

El paisaje se abre entre nubes bajas, dejando al descubierto algunas elevaciones calizas, que son gratas al encinar, o los resaltes de las cuestas de areniscas, de caprichosas formas, las más extrañas de la naturaleza como advertía Víctor Hugo, y cobijadas siempre por la incansable vegetación. No hay más sonidos aquí que el del levante sobre el chaparral, característico son que nos deja un sentimiento de inmensa soledad y de indefensión ante la magnitud de la floresta, el de la insomne y dolorida berrea de los venados, y el del agua que transita por sus ocultos designios de sombra. No hay más vida que la que aportan las criaturas del bosque, si acaso, alguna casa perdida entre la arboleda, blanca como un jazmín en medio del pasto, o alguna cerca de piedra. Porque de vez en vez, algunos claros dejan ver la memoria de los viejos usos ganaderos y de sembradíos minúsculos de cuando los tiempos de la autosuficiencia.

Pero si existe un lugar paradigmático que pudiera definir cuánto de hermosura y magnificencia tiene este territorio, éste no es otro que La Saucedá, mítico enclave en lo más recóndito de esta serranía, refugio desde la noche de los tiempos para todo tipo de marginados, de huidos, de perseguidos, como nos enseñan la Historia y la Literatura.

***Fuime a Saucedá de Ronda, donde hay lugares
y soledades tan remotas, que puede un hombre
vivir muchos años sin ser visto o encontrado si
él no quiere...***

Nos relata Vicente Espinel, en el pícaro Obregón. Aquí, los soles y las lluvias se suceden con insólita puntualidad: el estío trae un hálito de tórrido cobre con el poniente, y se refresca con las brumas del levante. Luego llegan los ábregos y entonces, desde las profundidades lejanas de la mar oceána, acuden raudas nubes, plúmbeas, metálicas, donando a la tierra y al bosque noches y mañanas y trades de lluvias copiosas que no parecen cesar. El invierno es apacible, y aunque la luz modere sus brillos y el bosque aparezca semidormido, el cielo se nos muestra especialmente azul, profundo, intenso, limpísimo, y por él navegan blancas nubes norteñas que han logrado traspasar las barreras de las

altas serranías. Por fin, la primavera hace estallar miríadas de florecillas de los brezales, y las sencillas asteráceas siembran de ínfimos soles y estrellas al pastizal. El bosque entero se resuelve en mosaicos que plasman los dos colores dominantes: el pardo oscuro de los alcornoques y el verde mar de los quejigos con sus radiantes renuevos, al que se agrega ese otro fulgor de las fresnedas, o de las alisedas y olmedas de las gargantas. En la misma orilla del bosque uno puede hallar de golpe la sorprendente dedalera, la joya del alcornocal-quejigal, milagrosa como un hada. El aire ahora semeja un cristal, un invisible espejo que reflejara hasta la extenuación los tonos de las cosas. Nítido y sereno, cargado del perfume dulce de las cistáceas y genisteas, nos invita al recogimiento y al sosiego, a un hermanamiento espiritual con las rocas, las arboledas y las criaturas.

Y en ese momento en que todo parece detenerse, cuando el ánimo se ve fatalmente atrapada por una dulcísima soledad, la paz interior y la limpieza del espíritu, alejado ahora de toda inútil pretensión material, cuando se entra en comunión con aquel espectáculo que nos envuelve, el arroyo que vive en las sombrías quebraduras nos trae el lamento del agua, ininteligible sólo para quien no quiera oírlo, pues su voz es tan antigua como el mundo. Allí, entronizada en su palacio de sombras, y escondida en el recogimiento de su reclusión y tan alejada de la luz, pues ésta podría dañarla, habita la delicada flor del rododendro, pétalos hechos de niebla, hojas nacidas de bruma.



FOTO: Peter Manshoft

III. EN UN BOSQUE DE RIBERA

Son como los ángeles que velan las riberas. Soldados celestiales que hacen vibrar sus alas con la brisa. El aire tedioso de las tardes se mece en los brillos de tornasol, cuando el tiempo se detiene en el fondo del valle. Lenta va el agua, *inocente y preciosa y humilde y casta*, como la definió Francisco de Asís, ahora que han cesado las lluvias, y los arroyos prestan un aliento despacioso y transparente. Hay un leve gemido cuando pasa entre las piedras, porque *ha despreciado el brillo del triunfo sonoro*, dijo Juan Ramón, un murmullo dulce y quejumbroso al formar las pequeñas cascadas que generan pozas de color esmeralda, allí donde el bosque se autorretrata con una acuarela de verdes infinitos.

El padre aliso se abre en sus poderosas ramas habitadas de intensos esplendores, y alza su copa hacia la luz, ¡hacia la luz!, por abrazar el sol y nutrirse entre sus dedos de fuego. Trémulo, el hermano chopo toca sus sonajas al compás de los brillos, millares de espejuelos, miríadas de mariposas verdes al compás caprichoso del viento. Entre los rotundos troncos de la aliseda, surge alguna formación de sauces, cuyas hojas, con los rayos que traspasan el follaje, se prestan igualmente al reflejo, con un artificio de cuchillería de plata. Trepan las hiedras, aferradas a todo, refulge el durillo, proliferan las saponarias, nacen las raras formas de los aros, se enredan las zarzaparrillas, con sus descubiertos corazones latiendo en la maraña, se asoman las loníceras, con sus flores oníricas, dignas del más atrevido surrealismo, nutren los rezumaderos las flores de la viuda, un microcosmos malva que casi flota sobre el pastizal, se esconden los helechos, generoso el *dryopteris*, bellissimo y delicado el de cola de caballo, nutrido el culantrillo, nunca mejor llamado cabello de la diosa del amor. Junto a estas formaciones, y en la misma ribera, la zarza marca los límites de la tierra seca, y avisa al intruso con sus espinos acerados que aquél es un territorio vedado, sólo apto para ninfas y faunos e insectos de oro. Pero ese duro oficio fue compensado por los dioses con la dádiva de sus frutos: nada les iguala en dulzor a la orilla del río. Y allí donde los claros, en el lugar aún no recolonizado tras los intensos usos del pasado, se abren generosas las sencillas adelfas, cuyas flores tejen las cenefas que marcan los quebrados caminos del agua.

Así que lleguen los primeros fríos, aquel mundo misterioso y oculto, aquel universo de seres y criaturas que viven del aire y del río, torna de pronto sus frígidos reflejos por cálidos colores que anuncian el principio del descanso. El viento ahora desprende las hojas, que vuelan y planean por doquier, y se precipitan leves sobre el agua de los remansos que han capturado ya el blancor de la bruma. Con ellos conviven, flotando como insignificantes navíos, hasta que la corriente se los lleve y los sumerja, ya muertos, confundidos en la esencia del agua. Y el aire ahora, al mover las alas

de los soberbios guardianes de la corriente, se torna en fulgor, pues son pinceles que dibujan trazos de oro sobre el pálido cielo y la oscura arboleda del valle.

Se duermen las riberas y las aguas vuelven a ocupar su lecho invernal. Crecen sus caudales y sus sonidos son ahora una mezcla de piedras rodantes y ocre espumas. Todo es más denso, más opaco, y el sol se oculta apenas llega la tarde. Siempre ha sido así, y siempre se repetirá este drama interminable entre la vida y el sueño, cuyo paradigma son las aguas que no cesan, que nacen y viven y mueren, como las hojas, metáfora implacable del ser y el devenir. Al río, Jorge Luis Borges lo definió con el filósofo de Éfeso en una magistral reflexión sobre la vida:

Somos el río que inventaste, Heráclito. Somos el tiempo.



FOTO: Peter Manshoff

IV. LA SELVA DE BORNOQUE

Sierra Real muestra al oeste su entraña, roja de fuego, una masa compacta, agreste, inmensa en sus perfiles, abriendo sus entalladuras, que se cubren aquí y allá con pequeños bosques de pinos negrales y matorral, supervivientes de los temibles incendios que asolaron esta tierra en tiempos no tan lejanos. Justo enfrente se alzan las altas torres de Sierra Blanca, con sus cumbres picudas y sus barranqueras hendidas en las calizas por los torrentes, formalizando valles estrictos, donde surten generosos los manantiales de Istán y su tierra, el país del agua. Más al norte la Sierra Canucha se levanta mística, como un templo gótico, enhiesta, atrevida, espiritual, con elevados y agudos perfiles, no en vano a sus picos los llaman *cuchillos*. Al noroeste el semidesnudo y salvaje espacio de los contrafuertes de la Sierra de las Nieves, que se derrama desde el cielo hacia el Valle del Verde, con un espectacular roquedo que casi ocupa los cerrados horizontes, hendido en cañadas profundas donde, desde los nichos de los neveros hasta los fondos de vaguada, conviven manchas oscuras de sabinas y pinsapos, pinos de alepo y matorrales dolomíticos, que se aferran a los escasos suelos que sobreviven sobre aquel descomunal acantilado. Fluye el Verde al fondo, haciendo honor a su nombre, pues sufre contagio de arboledas en las charcas transparentes y heladas del Canalón, o en las cascadas que escalonan su corriente, formalizando según Manuel de Terán uno de los perfiles fluviales más agrestes de España. El río resulta ser, así, un puro reflejo de tan fiera y hermosa orografía.

Al pie de este decorado de altos roquedos y aguas sin fin, se abren hasta seis interfluvios que limitan otros tantos valles por donde trotan los arroyos de Albornoque, del Capitán, del Esparragal y de Las Cañas, todos ellos nacidos de las sierras calcáreas situadas al este. Labrados sobre una orla metamórfica de gneises y micaesquistos, que contactan con dolomías, calizas y serpentinas, estos pequeños valles están prácticamente cubiertos por una abigarrada vegetación mediterránea de quercíneas, pinares y enebrales. Es un espacio casi virgen, hoy sin usos apenas, que no sean los de las periódicas sacas de corcho, o, como si se hubiera pretendido fijar un preciso y esplendente foco de luz, algún almendral iluminando los severos destellos del monte, con sus pétalos albos y rosados sobre el pegujal.

En las laderas expuestas al sur, conviven alcornoques y pinos negrales, con un matorral de jaras, lentiscos, escobones, genistas y aulagas, vegetación coronada hacia las cumbres por los achaparrados enebrales. En los nortes, la severidad del alcornocal se alegra con los reverdecidos quejigos lusitanos y los brezales, y a partir de penúltimo interfluvio aparecen repentinamente, tanto en sentido este, como hacia poniente, erguidos mozos, gráciles, gallardos en sus oscuras siluetas, los pinsapos. ¡Laderas del Gaimón! ¡Umbrías de Albornoque y de Las Cañas! He aquí un prodigio de adaptación y convivencia, de las infinitas variedades, casualidades y azares conque Natura, en su caprichosa y sabia voluntad, nos obsequia. En aquellas vertientes apenas es posible atisbar un centímetro de tierra, tal es la

fecundidad, y tales los dones de los templados soles, las dadivosas lluvias y las glaciales estrellas. Y el monte todo, gozoso en la plenitud y convencido de la ventura de haber crecido en aquel milagroso microcosmos, se levanta con aquellas espigadas siluetas que buscan ansiosas el tierno abrazo de la luz.

En la umbría de Las Cañas, justo enfrente de las serpentinas de la ladera sur del cerro Corona, nacen desmesurados madroños, arborescentes, a veces por encima de los diez o quince metros, y algunos ejemplares de flora lauroide. A la extraña aparición del pinsapo, únense ahora estos no menos insólitos ejemplares que proliferan bajo la sombra protectora del alcornocal y el quejigal. He aquí una selva que viene desde los prístinos tiempos que no conocieron los hombres. Una mezcla inusitada de arboledas mediterráneas, relictos boreales y exóticas especies que vivieron en las islas azules de cálidos y lejanos mares.

Justo en medio de las abruptas e inaccesibles calizas, justo al lado de las peculiares serpentinas. Más allá de los laboriosos bancales, las honestas acequias y los arduos molinos, espléndida en su hermético bosque de quercíneas y arbustos, de enebros y laureles, de bizarros abetos, altos pendones en las amuralladas cresterías, conserva su virgen apariencia, su tenaz empeño en sobrevivir a la ignorancia, al fuego y a la incuria, la majestuosa y mágica Selva de Bornoque.

V. LAS ENCINAS DE ESPAÑA

Ningún árbol, por mediterráneo, es más español que la encina. Sea nombrada alsina por Josep Pla, aciñeira por Rosalía de Castro, Azbarria o abarra, voz vascuence de la que se deriva chaparro... La encina cubre ubicua y firme todo el solar de las tierras ibéricas, desde las montañas santanderinas a las despellejadas laderas de Los Filabres, desde los llanos del Alenteixo hasta la luminosa Valencia, desde los Pirineos a los cetrinos alcores del Andévalo. Medrando sobre calizas y dolomías, granitos y gneises, sobre pizarras, areniscas, margas o arcillas, la sobria encina se extiende, libre y gozosa, ya sea formando bosquetes, dehesas o chaparrales, ya sola, prendida en un paisaje solitario de sementeras, rastros, almiaros o barbechos, o aferrada a un cantil, como si de un atrevido escalador se tratase, así que encuentre un mínimo suelo donde sustentarse.

Tal vez por ello tiene tan buena prensa entre los poetas, atraídos por su elemental prestancia, por su robusta forma, por su color apagado, por su austera floración, por sus ásperos ramajes. Si se aplicara a las arboledas algún rango filosófico de la antigua Grecia, luces que conoce tan bien esta especie, la encina sería sin duda el árbol de los estoicos.

***...De tanto albergar nido, de tanto albergar canto,
de tanto hacer tu seno amorosa tibieza,
de tanto dar servicio y tanto dar amor,
todo tu leño heroico se ha vuelto, encina, santo...***

Gabriela Mistral, que tenía nombre de viento, la entroniza en el cielo de los justos, por su virtud callada y sigilosa. También le concede cualidades de paraíso Leopoldo Panero, para quien es

***...Hondamente celeste y castellana,
la verde encina de horizonte manso,
siente el toque de Dios en la paloma..."***

Los hombres del Noventaiocho, que porque amaban Castilla amaban a España, no hacen sino cantar este símbolo común con un sentimiento que raya en lo épico o en lo insignificante, como, respectivamente, nos recitan Unamuno y Antonio Machado:

***...Cuando desuella el estío la llanura,
cuando la pela el riguroso invierno,
brinda el azul el piélago de encinas
su verde viejo...***

***¿...Qué tienes tú, negra encina,
campesina,
con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con tu tronco ceniciento
sin esbeltez ni altiveza,
con tu vigor sin tormento
y tu humildad que es firmeza?...***

FOTO: Rafael Flores



Y aun careciendo de la exuberancia de los árboles de la ribera, de la ensoñación del haya, del misterio del robledal, de la bizarría del abeto, de la sombra verde del castaño o del viento hecho árbol del pinar, ahí está, en todo lugar y todo tiempo, pues su resistencia trasciende a la muerte invernal; ahí se yergue, ahora protegida, creciendo discreta, lenta pero incansablemente, para recuperar sus pasados esplendores, aquellos que el diente, el hacha y el fuego dañaron hasta la casi aniquilación. Lejos quedan, por fortuna, los lamentos de Manuel Azaña, que mostraba su pesimismo antropológico, tan hijo del regeneracionismo que imperaba en aquellas élites acerca de una patria al borde de la aniquilación, cuando afirmaba que un árbol solitario constituye la elegía del campo español, y refiriéndose al topónimo Encinasola de los Comendadores, en Salamanca, se dolía de un ejemplar aislado y único... *recortándose sobre un horizonte frío, remoto, solitario... reliquia de un bosque desaparecido.*

Frente a este lamento, certero en lo que de abandono y destrucción sufrían entonces nuestros bosques, la dehesa constituyó la eficaz reserva que dio en conservar, y luego en difundir y en regenerar, los encinares. *Defensa* es voz romana, referencia entonces de un territorio de árboles claros, cercado y dispuesto para que el ganado pastase en semilibertad. *Pratum defensum* se decía en el Bajo Imperio y consagraron los godos, y hoy por fin, dehesa, sinónimo casual y afortunado de defensa de una especie, de un modo sabio de entender el aprovechamiento del pastizal, y del árbol y sus frutos, dando lugar a un verdadero agroecosistema, cuyos resultados tangibles son la extraordinaria calidad de los productos que de allí se derivan. Este acierto no es sino el fruto de miles de años de coherencia con la tierra, de cultura del monte, de respeto agradecido a la arboleda.

Sin este sabio manejo, sin la dehesa, la encina hubiese sido muy probablemente borrada del mapa. Estos espacios, verdadera traslación de la sabana al mundo mediterráneo según me enseñó el doctor Pérez Latorre, cubren hoy felizmente el occidente hispano, que constituye el pilar donde se sustenta Iberia, y que es precisamente su suelo preferido: se unen así sílice y quercínea, hermanando geología y vida, los duros granitos que engendraron esta tierra y el árbol sagrado de la vieja Hispania. ¡Encinares de la penillanura salmantino-zamorana, que son infinitud en el ondulado campo extremeño y lusitano! ¡Altas encinas de Urbión y las pedrizas de Guadarrama, de los azules Montes de Toledo, de los dilatados valles de Cabañeros, Brazatortas y La Alcudia! ¡Viento sombrío entre constelaciones de jaras sobre las laderas de Aracena, Andújar, Los Pedroches y las breñas de la Bética!

Casi ya corregidos los excesos del pasado, yo he visto crecer el encinar sobre estériles suelos de piedra, allí donde la gris retama y el aulagar le tienden su manto. Yo las he hallado entre majuelos y ardiviejas, surgir achaparradas y crecer inasequibles en los lapiaces. Yo he podido apreciar su prestancia casi oculta entre alcornoques y quejigos, culminada por pinsapos, o merodeando hayedos y robledales, como si no se atreviera a convivir con sus hermanos más afortunados y hermosos, ella que es manantial de trinos, fuente de vuelos, y madre de páramos, serrijones y campiñas.

Y al fin de tanta omnipresencia y tanta ubicuidad, al fin de tanta mansedumbre y frugalidad, he aquí el triunfo de la tozuda supervivencia, de la resistencia y el esfuerzo frente los fríos asoladores, los violentos aguaceros, y la sed y el fuego del estío, virtudes que consagrara en tu figura el venerable poeta de Castilla:

***El campo mismo se hizo
árbol en ti, parda encina.***

VI. LOS CASTAÑOS DEL HAVARAL

No sabemos si fueron los romanos, o tal vez los iberos quienes lo trajeron y de paso dieron nombre al río que consagra este valle, *Sanar*, y a *Petra Alta* o *Buxarra*, pueblos donde el castaño no es un paisaje sino un modo de vivir. En aquella gran umbría, los beréberes *Hawwara* dispusieron luego asentamientos junto a los manantiales que surten justo en el límite de las desoladas calizas del norte. Allí, *Al Wallay*, *Al Qariat-Ayima*, *Xúscar*, *Faraxan* y *Pandayr*, sembraron en las laderas los lirios de sus caseríos, apenas visibles entre el glauco mar de los árboles. Un océano de más de tres mil hectáreas, el más extenso castañar de la mitad sur de España.

Entre aquellos oleajes de verdor se aprecian los matices de las arboledas potenciales: encinas, alcornoques y quejigos ponen su frugal acento cuando se elevan o se manifiestan en barrancas y escarpaduras, donde su competidor no puede medrar. Los suelos del castaño, muy labrados, apenas permiten un pastizal mínimo de brezos, escobones y cantuesos, que suelen refugiarse en las cercas de piedra, o de un repentino tapiz de helechos. A este respecto, no es raro hallar un nido de polipodios en las atormentadas copas de los más ancianos.

En su corta primavera, donde los retoños surgen con fuerza de los grises ramajes, no es infrecuente observar en las vaguadas los salpicones blancos de los cerezos y ciruelos, agrupados sobre la umbría en minúsculos bancales primorosamente labrados, donde las albercas, como espejuelos dispersos, imitan la fronda del bosque y el añil de los cielos.

El estío aporta el dulzor de la trama y la sombra permanente; así que maduren, surgen los erizos, minúsculos asteroides que encierran el fruto, nutritivo y dulce.

***...En lo alto abandonaste
el erizado erizo
que entreabrió sus espinas
en la luz del castaño,
por esa partidura viste el mundo,
pájaros
llenos de sílabas,
rocío
con estrellas...***

Pablo Neruda ya lo abre y lo hace ver el mundo circundante, justo en el momento en que el árbol comienza el lento forjado de sus hojas en las ocultas fraguas de sus ramas poderosas. Este menester, ya desde octubre, convierte al Alto Genal en una gigantesca caldera, donde los amarillos y los óxidos se aprestan a la conquista del mundo. Los árboles rinden sus verdores lenta pero inexorablemente, abriendo una paleta cromática de imprevisibles escalas, primero verde lozano, luego pálido, y en seguida pajizo, cobre, oro viejo y tostado, en una armónica gradación desde los lugares más soleados a los más sombríos, bajo un cielo garzo y pulquérrimo, que parece no querer desprenderse de los pasados fulgores estivales. Arden, literalmente, las colinas y las cumbres, con los cálidos trazos del otoño, como si de pinceladas furiosas de un expresionista o un *fauve* se tratara. Arden las infinitas hojas, y el viento, que ya se hace acompañar de nubes y trémulas noches, las desata suavemente con sus dedos, y las suspende unos instantes en un vuelo sin trinos, hasta depositarlas con piadosa levedad sobre el pastizal de la otoñada.

Y la ceremonia prosigue entre calmas y levantes, con días luminosos o mañanas opacas, en tardes de lluvia melancólica y en las cóncavas noches sin lunas, hasta que el bosque entero se torne en indigencia, el suelo en podredumbre, y el paisaje en triste y apagada veladura, cuando la bruma de diciembre lo cubra con su pálida estameña.



FOTO: Peter Manshoff